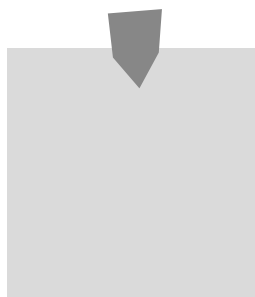


Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 30 / 2026

Jacques Revel (1942-2026)

“A riesgo de decepcionarlo, desde ya debo confesarle que soy un historiador sin vocación”. Tal es lo que Jacques Revel le confió al periódico *Le Grand Continent* en 2024, apenas comenzada una de sus últimas entrevistas. Con esa frase –ya utilizada siete años antes en un diálogo que mantuvo con Emmanuel Laurentin en el programa radial *À voix nue*– intentaba explicar que nunca había sentido el “llamado” de la historia y que sus primeras lecturas tomaron otros caminos.¹ Por entonces, prefería acudir a Georges Dumézil, a las obras más accesibles de Claude Lévi-Strauss o bien, por razones de coyuntura académica, a las de Michel Foucault, puesto que este último oficiaba como examinador de Filosofía en el concurso de admisión a la *École normale supérieure* (ENS) de París, institución a la que ingresó en 1963. Allí se encontró con una comunidad intelectual en plena fiesta estructuralista liderada por Louis Althusser y de allí partirá, cinco años después, con su *agrégation* de Historia bajo el brazo. Sin embargo, por detrás de aquel testimonio parece haber algo más que una simple y audaz confesión. Se diría que Revel nunca permitió que esa “vocación por defecto” lo abandonara. Es más, con el correr de los años, fue transmutando esa desafección inicial en observación participante, en objetivaciones críticas de sí y de los otros, en sobrias y puntuales intervenciones, en suma: la convirtió en una herramienta científica de distancia controlada con

la cual calibrar al milímetro los elencos y escenarios que él mismo integraba.

Pero si la discreción es otra de las formas que asumió esa extrañeza emocional tan suya, diremos que su muerte, ocurrida el 13 de marzo de 2026, mantuvo un eco similar en los medios franceses puesto que, a decir verdad, pocos repararon en ella. Mientras que *Le Monde* anunció el fallecimiento del “antiguo presidente de la EHESS y figura mayor de la historiografía francesa”, *Le Parisien* lo recordó como “el especialista en historia social” y *Libération* como “el teórico de la microhistoria”. A estas crónicas escuetas que, no obstante, se reparten involuntariamente el mapeo de cuatro zonas clave de su derrotero (una inscripción institucional, un campo de investigación, una corriente historiográfica y un trabajo de importación metodológica), cabría agregar el título que eligió el periódico local *L'Est Républicain*, cuyo obituario encontró la ocasión de recordarlo orgullosamente en nombre de la región de Borgoña-Franco Condado, donde Revel había pasado sus primeros años: “El eminente historiador había pasado su infancia en Belfort”. Y lo cierto es que esta ciudad ocupó un lugar muy importante en su vida.

En efecto, Jacques Michel Revel había nacido en Avignon (Vaucluse), en la región de Provenza-Alpes-Costa Azul, el 25 de julio de 1942, pero durante toda su niñez y adolescencia vivió en aquella ciudad situada al pie de los Vosgos, en el seno de una familia dedicada a las ciencias médicas. Su padre, Paul Revel, fue biólogo, y su madre, Jeanne Dreyfus, química farmacéutica en el Hospital de Belfort. Lo mismo cabe decir de su hermano, Patrick Revel, quien durante toda su vida ejerció allí como médico. Es más, según ha confesado,

¹ Esta entrevista radial realizada por Emmanuel Laurentin a Jacques Revel tuvo lugar en febrero de 2017 en France Culture. Al año siguiente, será publicada por la colección *Audiographie* en las Éditions de l'EHESS bajo el título *Un moment, des histoires* bajo la autoría de Revel e incluirá un posfacio de Christophe Prochasson.

fue en el *Lycée de garçons* de Belfort donde descubrió su interés por las humanidades, una elección que pronto marcaría su primera secesión y lo alejaría de aquella tradición doméstica. El segundo desvío sería tanto ritual como territorial: en el otoño de 1959, tras convencer a sus padres, decidió partir rumbo a París (con todo lo iniciático que resultaba por aquel entonces semejante viaje para un “provinciano” de 17 años) con un objetivo de mediano plazo: ingresar a la ens. Tras cursar la *hypokhâgne* en el Lycée Lakanal (Sceaux) y la *khâgne* en el Lycée Louis-le-Grand (París), a instancias de Dumézil y bajo la dirección de Jean Leclant (quien, por entonces, era profesor en la Universidad de Estrasburgo) optó por la egipptología, un campo de investigación poco frecuentado en aquellos años. Fue la época en que, con la ayuda de la gramática de Alan Gardiner, aprendió a leer y a escribir jeroglíficos. Los ejercicios, según recuerda, los enviaba por correo a Leclant para luego recibir sus rigurosas correcciones en tinta roja. De hecho, su director le había impuesto un plan: tras obtener la *agrégation* debía marcharse a El Cairo para preparar una tesis. Sin embargo, de un día para otro, Revel cambió de parecer: abandonó todo por el Antiguo Régimen francés y por una historia de corte cuantitativo, mucho menos excéntrica y en pleno apogeo.

Es así como, tras contraer matrimonio en 1965 con una profesora de Historia, Michèle MacAleese (con quien tendría tres hijas, Judith, Jeanne y Ariane), pasará temporalmente por la Sorbona entre 1969 y 1970 como profesor asistente de Emmanuel Le Roy Ladurie (uno de los grandes defensores de la historia serial) y, bajo la supervisión de Jean Meuvret, publicará en 1970 un primer artículo en la *Revue d'histoire moderne et contemporaine* sobre la extensión de la peste en el norte de Francia a fines del siglo xvii. Luego volverá a soltar amarras para hacer un alto italiano de tres años en la *École française de Rome*. Fue allí donde conoció a Jacques Le Goff mien-

tras daba forma a una tesis de tercer ciclo que presentará en 1973, *Matériaux statistiques pour l'étude du grand domaine foncier dans la Campagne romaine aux xvii^e et xviii^e siècles. Présentation critique*, aunque, como reconoció William Seston al reseñar su defensa, su verdadera tesis fue el artículo de 80 páginas que publicó el año anterior, titulado “Le grain de Rome et la crise de l'Annone dans la seconde moitié du xviii^e siècle” puesto que “allí ha demostrado que sabe dominar plenamente una masa considerable de documentos y captar, en su realidad, los rasgos esenciales de la economía de la Roma de los Papas en la época moderna. [En el artículo] se encuentran numerosas cifras, gráficos y curvas de precios, pero también la vida de los hombres, ausentes en su tesis”.²

Tras regresar a Francia en 1973 como especialista en historia económica, ingresó al Centre national de la recherche scientifique (cnrs) como *attaché* y, luego, como *chargé de recherche* hasta 1977, y ese mismo año se incorporó a la casa de estudios a la que dedicaría el resto de su carrera, la *École des hautes études en sciences sociales* (EHESS). Allí, a pedido de François Furet —quien acababa de asumir la presidencia de la institución, tras finalizar el segundo mandato de Le Goff—, formará parte del llamado *bureau*, el comité ejecutivo de cinco miembros que aún tiene a su cargo la dirección desde que, en 1975, dejó de ser la vi^a sección de la *École pratique des hautes études* (EPHE) para convertirse en un organismo independiente. Una época realmente fundacional para una *grande école* en plena búsqueda experimental de una identidad cuyos primeros pasos no estuvieron exentos de dificultades. Luego, en 1978, Revel

² William Seston, “Rapport sur l'activité de l'École française de Rome pendant l'année 1972-1973; lu dans la séance du 23 novembre 1973”, en *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (París), Año 117, n° 4, 1973, pp. 570-571.

será nombrado *maître assistant* hasta 1983 y, de allí en más, *directeur d'études* del célebre seminario de los viernes a última hora de la mañana, “Histoire sociale des modèles culturels”, un auténtico refugio que le permitió dialogar durante más de treinta años con un largo séquito de modas historiográficas sin renunciar a su defensa de la historia social, paradigma que siguió custodiando tenazmente como profesor emérito hasta un mes antes de su muerte.

Pero mientras desplegaba su actividad en este plano administrativo y docente a través de comisiones, cursos y seminarios, Revel también asumió dos conducciones estratégicas a lo largo de su carrera que dejaron una huella profunda en los destinos de la profesión histórica francesa. Por un lado, ya en enero de 1975 (antes de ingresar al *bureau*), la dirección colegiada de la revista *Annales* (integrada por André Burguière, Marc Ferro, Jacques Le Goff y Emmanuel Le Roy Ladurie) le había propuesto asumir la secretaría de redacción, tarea que llevó adelante hasta 1980, aunque durante largo tiempo su voz siguió conservando ineludibles efectos en el comité. Por otra parte, en 1995 fue elegido presidente para suceder a Marc Augé y encabezar el *bureau* de la EHESS, cargo que, tras su reelección, mantuvo hasta el año 2004, una época de intensos cambios en la enseñanza superior europea, cuyos desafíos no fueron menores. Tras una equilibrada alquimia entre tradición y renovación, la gestión de Revel logró consolidar el lugar específico que ocupaba la EHESS en la cartografía científica francesa y, en plena globalización, forjó una vasta apertura internacional con Estados Unidos, Europa y América Latina, que redundó en la admisión de más estudiantes extranjeros y en casi un centenar de acuerdos transnacionales. A ello deberíamos añadir su plan de superación de las parcelas disciplinares y el fomento de una confluencia epistemológica entre las ciencias sociales a fin de evitar cualquier avanzada im-

perialista de unas sobre otras. Uno de los testimonios más elocuentes de aquella utopía fue, sin duda, la obra que dirigió con Nathan Wachtel para conmemorar el vigésimo aniversario de la EHESS, *Une école pour les sciences sociales* (1996), la cual, pese al inevitable sesgo autocelebratorio, evita caer en torpes hagiografías para convertirse en una valiosa historia sobre cómo una institución imbrica ideas y saberes para que se comuniquen entre sí respetando sus singularidades internas. En el plano de la formación doctoral, contribuyó a que la emisión de títulos perdiera mecanicismo serial, de allí su impulso para que cada investigación social fuese lo más original posible, preservase sus tiempos adecuados de producción y no se doblegara frente al azote del cuantitativismo del *paper*.

A estas líneas de formación, transmisión y gobernanza habría que sumar el fomento de reuniones científicas de diversa índole y varios cargos, membresías, reconocimientos, así como la construcción de redes académicas con y entre instituciones de Francia y el extranjero, pero, sobre todo, uno de los grandes roles que asumió desde que se convirtió en *normalien*: la iniciativa de grandes proyectos editoriales, ya fuera como director o codirector de colecciones históricas o casas de edición. Entre las más tempranas, cabe mencionar Archives en la editorial Julliard, para la cual, junto a Pierre Nora, congregó entre 1964 y 1988 a varios especialistas para que analizaran un objeto específico de su campo a partir de las principales fuentes disponibles. La idea consistía en que los lectores tomaran contacto directo con los documentos y con la interpretación ofrecida por los historiadores: toda una rareza por aquel entonces. Entre las últimas, desde 2001 y hasta la actualidad, alcanza con recordar su participación en el comité editorial de la extraordinaria colección *Enquête* en la editorial de la EHESS la cual, a través de las 16 obras colectivas que se han publicado hasta 2025 (y en cuatro de las cuales Revel

comparte la dirección) se propone hacer efectivo aquel ideal de confluencia interdisciplinar que fomentó entre los diferentes centros de investigación allí radicados. Precisamente, uno de sus grandes legados en materia editorial no fue sino la reestructuración de las Éditions de l'EHESS, sello que Revel dirigió entre 1981 y 1995 y que convirtió en un espacio de referencia para la difusión de la investigación social: al día de hoy, la editorial cuenta con más de una decena de revistas (entre ellas, desde luego, *Annales*), alberga otras tantas colecciones y dispone de un catálogo de casi 1500 títulos. En conclusión, entre 1975 y 2004, es decir, desde el mismo instante en que la EHESS se emancipó de la EPHE, Revel fue, consecutivamente, secretario en jefe de *Annales*, director de la editorial y presidente del *bureau*.

Pues bien, con esta imagen de un historiador tan industrioso para cimentar vínculos con sus colegas y generar proyectos colectivos, instalarse rápidamente en un marco académico estable y no tardar en gobernar sus destinos institucionales, cabría pensar que nos encontramos ante un eficaz burócrata que, desde lo alto de su despacho y la rutina de su escritorio, únicamente se limitó a gestionar los hilos de su profesión. Sin embargo, nada de esto fue así, al menos, no exactamente. Ni Revel ni ninguno de los colegas que lo antecedieron en esas dirigencias fueron “administradores de oficio”, sino investigadores-docentes que prestaban sus servicios durante un tiempo para que la institución a la que pertenecían fortaleciese esos dos niveles que siempre la diferenciaron del régimen universitario tradicional: la presencia de seminarios temáticos no escolarizados y la independencia creativa de las pesquisas más allá de lo que dictasen las eventuales coyunturas político-científicas estatales.

De tal modo, desde la publicación de aquel primer trabajo en 1970 sobre la peste en el siglo XVII y hasta su última obra, *Un sociolo-*

gue de métier. Le travail de Jean-Claude Chamboredon, dirigida en colaboración con los sociólogos Stéphane Beaud y Jean-Louis Fabiani en 2025, Jacques Revel no solo intervino en la emergencia y legitimación de objetos históricos, nuevos y diversos, sino en la gestión de casi todos los campos donde esos objetos se producían. Ya sea tomando las riendas ejecutivas de una institución o bien asegurando la transmisión de sus innovaciones, Revel consolidó y hegemonizó esa triangulación con indudable destreza durante muchos años, estrategia que lo convirtió no solo en un historiador de referencia casi consular en Francia y el mundo, sino en un versado ingeniero para planificar, concentrar y distribuir poder académico en materia de recursos financieros, alianzas tácticas, promoción de talentos y prácticas de reconocimiento y recompensa. Si bien este tipo de hegemonía poco tuvo del personalismo braudeliano (dado, sobre todo, el perfil diviso y federado de un *bureau* siempre consultivo), es incuestionable que, en términos de diseño corporativo, Revel dominó como pocos (y, en ciertos aspectos, como ningún otro) la logística de la profesión histórica y determinó muchos de sus caminos. En tal sentido, su situación como experto en historiografía contemporánea le proporcionaba una ocasión inmejorable, cual clave de bóveda, para fabricar sinergia entre aquellas soberanías y reinventar, secretamente, una y otra vez, aquel apotegma del “historiador sin vocación” a medida que su autoridad se incrementaba. Revel no solo asumió una suerte de misión fiscalizadora cuando indagaba el pasado para su propia cosecha como historiador *tout court*, sino cuando, a la distancia, apelaba a la vigilancia epistemológica sobre las restantes investigaciones en marcha y detectaba espacios lacunares, extravíos y contradicciones, algo que, a menudo, cultivó con una penetración sutil e implacable sin hacer distinguos entre historiadores veteranos o en formación. En suma, no solo las entrevistas y

ensayos egohistóricos que difundió hacen las veces de verdaderas “fuentes” historiográficas y testimoniales, sino también sus numerosos artículos, prólogos y reseñas sobre sujetos y objetos históricos.³

Así pues, Jacques Revel también demostró ser un historiador productivo y muy atento no solo al pasado y el presente de su disciplina, sino a los saltos metodológicos que insinuaban su futuro. Pero si algo lo distinguió entre los colegas de su generación no solo fueron aquellas dirigencias tentaculares e interrumpidas que mantuvo durante treinta años en la EHESS, sino su activa intervención, bendición o influencia en casi todos los debates que transformaron la historiografía francesa del último medio siglo. Si bien su nombre sigue aún muy asociado, y con razón, a las tramas institucionales, lo cierto es que su sombra como el “dios oculto” de las ciencias sociales –tal como Christophe Prochasson lo definió con rigor jansenista en un último acto de justicia para *Libération*–, también lo proyecta con holgura más allá de esos límites. ¿Cuáles han sido, entonces, esas grandes intervenciones historiográficas? Cabría considerar aquí tres grandes etapas.

Por fuera de sus primeros escarceos en historia cuantitativa y por una serie de presentaciones que redactó con Louis Grondin y Jean-Claude Maire Vigueur en 1971 para una selección de fuentes titulada *Napoléon vu et jugé par ses collaborateurs* (trabajo que Revel no suele incluir como parte de su bibliografía), diremos que el primer momento de su producción comenzó con una gran interven-

ción crítica: un ácido ensayo sobre la “cultura popular”, publicado en 1970 en la revista marxista *Politique aujourd’hui* junto a Michel de Certeau y Dominique Julia, titulado “La belleza del muerto”. Allí proponían abandonar las viejas folclorizaciones románticas del siglo XIX sobre el concepto y, en abierta discrepancia con la historia de las mentalidades de Robert Mandrou, reconfigurar una nueva historia social y cultural que seguirá su curso, por otras galerías, con la obra de Roger Chartier. Tres años después, lo veremos intervenir en el tercer volumen (titulado “Nuevos temas”) de aquel antológico parteaguas que fue *Hacer la historia*, dirigido por Le Goff y Nora, mediante un artículo escrito con Jean-Pierre Peter que, por momentos, parece un guiño distante para su familia: una historia del cuerpo enfermo en el marco de la “medicina popular” entre los siglos XVII y XIX, objeto que será reanudado en su presentación de un número de *Annales* de 1977.

Al llegar a 1975, ya estamos ante su primer libro, *Une politique de la langue. La Révolution française et les patois: l’enquête de Grégoire*, también escrito con Certeau y Julia. Precedido por un artículo que los tres firmaron en *Annales* el año anterior, allí investigaron la imposición del francés como idioma nacional tras la disgregación de las lenguas regionales (*patois*) durante el período revolucionario y en diálogo con la etnografía histórica. Esta obra pionera y original, destrozada por la virulenta crítica de Jacques Godechot, encierra buena parte de los intereses más perdurables de Revel: su temprana deferencia hacia los usos históricos del lenguaje, la historia sociocultural de la Revolución francesa y el trabajo interdisciplinar con las ciencias sociales. Este último ánimo lo encontraremos en su presentación para un número de *Annales* de 1975 sobre “Histoire et sciences” que promovió un horizonte nuevo para el flamante experimento que representaba la EHESS a partir de ese año.

³ Dos obras colectivas publicadas en su homenaje en París y Bologna en 2016, análogas pero diferentes, dan buena cuenta de aquel acervo: *L’Expérience historiographique. Autour de Jacques Revel*, dirigida por Antoine Lilti, Sabina Loriga, Jean-Frédéric Schaub y Silvia Sebastiani (Éditions de l’EHESS), y *La forza delle incertezze. Dialoghi storiografici con Jacques Revel*, también dirigida por Sebastiani, pero junto con Antonella Romano (Il Mulino).

Mientras tanto, sus vínculos con Italia, casi se diría su segunda patria, continuaron entre 1976 y 1977 a través de la publicación de artículos en la *Rivista di storia sociale e religiosa* sobre la cuestión de la sociabilidad y el Estado moderno o sobre la superstición y la magia: cuestiones aún emergentes de antropología histórica que ya eran objeto de su atención, tanto con relación al mundo andino (a través de otra presentación para un número de *Annales* de 1978) como a la cultura inglesa mediante *Man and the Natural World* de Keith Thomas, cuya traducción al francés Revel presentará en la revista *Le Débat* en 1983.

Otro punto de inflexión fue su participación en la obra enciclopédica de 1978 *La Nueva historia* (como reafirmación de *Hacer la historia*, pero mucho más normativa en aras de refundar los principales cimientos de la historiografía), que ahora lo tendrá como director junto a Le Goff y Chartier. Con este último, se aseguró la entrada “Annales” y, en solitario, firmó las consagradas a “François Simiand” y “Henri Berr” (dos figuras sobre las cuales seguirá trabajando de aquí en adelante) junto con otras como “cuerpo”, “investigación” o “acontecimiento”.

En el marco del cincuentenario de *Annales*, Revel desprenderá un artículo capital que apareció originalmente en inglés (1978) y, al año siguiente, en francés: “Histoire et sciences sociales. Les paradigmes des *Annales*”, donde remozó el terreno para blindar la disciplina ante la crisis que atravesaba mediante la recomposición de su genealogía histórica como ciencia “social” y no solo “humana”: por ende, más científica e interdisciplinar, más proclive a los cambios de método y, por supuesto, más consonante con el espíritu de una recién creada *grande école en sciences sociales*. En suma, esta primera etapa de la producción de Revel estará marcada por el establecimiento de coordenadas instrumentales que reafirmaran una nueva orientación para la historiografía en concordancia con la crea-

ción de la EHESS, institución que, a su vez, alberga la revista insignia que, durante este tiempo, él mismo dirigirá.

Hacia los años 1980, nos adentramos ya en la segunda etapa de su obra. Revel estrechará el trabajo colaborativo con Chartier y Julia: juntos presentan el informe *Histoire des pratiques éducatives* para la DGRST (Délégation générale à la recherche scientifique et technique) y, en 1986, dirigen los dos volúmenes de *Les Universités européennes du XVI^e au XVIII^e siècle. Histoire sociale des populations étudiantes*, donde refutan la hipótesis de Lawrence Stone sobre la “revolución educativa” inglesa (1964) según la cual el crecimiento del sistema universitario de los siglos XVI y XVII sufrió una regresión hacia el siglo XIX: en Europa, sin embargo, la intensidad del crecimiento universitario y sus relaciones con la movilidad social variaban ampliamente según los territorios. En esencia, allí demostraban que cualquier generalización estructural ya no era válida por sí sola para explicar procesos históricos diversos: los casos exigían una mirada particular en la que las diferencias culturales debían llevar la delantera.

Pero Revel también incursionará en historia de las mujeres al interrogarse sobre los usos historiográficos de los roles sexuales (1984), mientras vuelve a revisar el concepto “cultura popular” (1986). A su vez, contribuye a desentrañar la idea de “civilidad” (1986) en el marco de la célebre *Historia de la vida privada* que dirigieron Philippe Ariès y Georges Duby y, en el contexto del bicentenario de la Revolución francesa –con toda la corporación en vilo frente a los dilemas planteados por la nueva lectura política de François Furet–, intervendrá de forma salomónica. Colaborará tanto con el *Diccionario de la Revolución francesa* (1988), que aquel llevó adelante con Mona Ozouf, mediante dos entradas memorables que redimieron los albus de la singularidad en un marco de historia social: “María Antonieta” y “Gran miedo”

(es decir, una variable biográfica y un acontecimiento histórico, problemas a los que volverá unos años más tarde para relanzarlos como entidades legítimas), pero también con la conferencia de cierre “Lire, écouter, voir la Révolution française” (1989) para el congreso internacional que organizó Michel Vovelle –situado en las antípodas de Furet– sobre la iconografía revolucionaria.

Entretanto, el siglo XVIII seguirá bajo su mira en un nuevo libro, *Lógica de las multitudes* (1988), escrito con Arlette Farge y donde reconstruyen una historia social del secuestro de niños en París hacia 1750. Sin embargo, luego de la agitación del bicentenario y en pleno debate público sobre cómo, bajo la embestida neoliberal contra el Estado, debería escribirse y enseñarse la historia nacional francesa, su mayor contribución será la dirección, con André Burguière, de una novedosa y disruptiva *Histoire de la France* en cuatro volúmenes (1989-1993), que ya no seguirá la periodización tradicional sino la típica “historia-problema” de *Annales*: el espacio geográfico, el Estado en el marco de sus poderes y conflictos y las formas de la cultura. Su vocación por revisar y medir la vigencia o caducidad de los conceptos fue otra de sus marcas más perdurables: a los ya aludidos, sumará su dictamen sobre “mentalidades” o “utillaje mental”, pero también lo hará en la gigantesca empresa que dirigió Nora entre 1984 y 1992, *Lieux de mémoire*, donde pensará la idea de “región” y la historicidad de la “corte”.

Revel cerrará la década con una pequeña obra maestra cuyo compás marcará una de sus grandes prestaciones para los próximos años: la importación de la microhistoria italiana a suelo francés. En el ensayo de 1989 que precede la versión francesa de *La herencia inmaterial* de Giovanni Levi titulado “L’histoire au ras du sol” (inexplicablemente, aún sin versión castellana) señala que lo micro no reemplaza a lo macro, sino que permite corregirlo, complejizarlo y revelar dimensiones ocultas

de la experiencia social a través de las variaciones que ofrecen las escalas de análisis. Este dispositivo crucial lo llevó a titular *Juegos de escalas* la obra colectiva que dirigió en 1996 y en la cual aparece un capítulo suyo, “Micro-análisis y construcción de lo social”, donde vuelve a las diagonales que escribió para la obra de Levi y refuerza el equilibrio entre las interacciones, negociaciones y prácticas de los agentes con unas estructuras sociales (braudelianas o labrousianas) que ya no pueden determinar los patrones explicativos del historiador, pero que, de ningún modo, se pueden abandonar. En su conjunto, este segundo momento de su producción se ve más “histórico” que instrumental. Si bien parece asociado a una nueva historia cultural, Revel no hará más que reivindicar “lo social” y, en este sentido, la adopción de la microhistoria italiana (que siempre se asumió “social” más que “cultural”) es el indicio más elocuente.

Finalmente, a partir del siglo XXI, un último Jacques Revel se dispuso a robustecer aún más aquella historia social para lo cual contó con la inestimable cantera que abrió la “historia pragmática” liderada por Bernard Lepetit mediante la mixtura de elementos de micro y macroanálisis. De allí, además, el quinto cambio de nombre que había sufrido la revista *Annales* a partir de 1994: *Histoire, Sciences Sociales*. Así pues, las intervenciones del último Revel se volverán mucho más interdisciplinarias de lo que ya eran, no solo por su diálogo con otros saberes en busca de objetos más híbridos, sino porque aparecerán en obras colectivas donde la historia no será más que una ciencia social entre otras.

En este sentido, durante los últimos veinte años Revel nos dejó varias piedras blancas por el camino. En el marco de la colección *Enquête* intervino en la dirección de cuatro obras cuyas problemáticas reabrieron discusiones transversales a todas las ciencias de lo social: la cuestión de los usos públicos del pasado con relación a la memoria (2001), la per-

tinencia de los estudios de caso (2005), la naturaleza de las disciplinas (2006) y las asimetrías de pensar a escala global (2024). Cabe agregar aquí su trabajo “Le pied du diable” sobre la variable acumulativa en la historia, en un volumen dirigido por el economista Bernard Walliser (2015).

Por otro lado, en una obra coordinada por el sociólogo Jean-Michel Berthelot de 2001 dedicada a la epistemología de varias ciencias sociales, Revel intervendrá con otra estupefaciente pieza maestra de 50 páginas donde indaga todos los ángulos posibles de las “ciencias históricas”, término que, a su vez, había sido recuperado con una carga semántica más oblicua por el “razonamiento sociológico” de Jean-Claude Passeron con quien, prácticamente, se asoció para llevar a buen puerto varios proyectos interdisciplinarios en estos años. Y de allí también proviene su decisión de historizar las ciencias sociales tal como lo hizo con un capítulo en la admirable *Histoire des sciences et des savoirs* dirigida por Dominique Pestre en 2015. Con todo, su último gran trabajo será una especie de cuenta pendiente: *Une histoire inquiète* (2022), escrito junto a Sabina Loriga y donde, con la excusa de abordar la forma en que los historiadores han procesado el impacto del giro lingüístico, se lanzan a una historia de la historiografía occidental del último medio siglo.

En resumidas cuentas, lo mínimo que podría decirse ante semejante *tour de force* es que Revel, a través de este abanico multidimensional, le ha cerrado las puertas, por convicción o por necesidad, a cualquier asomo de hiperespecialización, de allí su perpetua identificación con la historia social, la cual, pese al juego de escalas, le permitía operar bajo un manto estructural y omnicomprensivo. Y es por ello que esta enorme diversidad de intereses nunca se tradujo en un cuerpo simétrico de “grandes obras”, sino en numerosas “intervenciones”, de allí que hayamos insistido tanto en este último término.

Jacques Revel intervino con su producción al modo de un enigmático forastero que no tenía tiempo que perder: tras su llegada a una aldea historiográfica, tomaba parte en sus asuntos, se involucraba con ellos, desvelaba, de forma casi quirúrgica, su campo de fuerzas, arrojaba varias pistas para seguir pensando y, finalmente, partía para siempre rumbo a otra aldea, no sin antes entregar una breve guía para el lugareño. Tal es así que, en su bibliografía, jamás daremos con una obra que, bajo su sola autoría, despliegue una investigación monográfica de largo aliento, sino con muy pocos libros cuya factura responde, por un lado, a una recopilación de artículos disímiles entre sí bajo un título muy genérico como *Un parcours critique* o *Un momento historiográfico* (dos versiones no idénticas de un mismo *recueil*, ambos publicados en 2006) así como aquellos que publicó en portugués (cuyo número es mayor que en cualquier otra lengua, incluido el francés): *A invenção da sociedade* (1989), *Proposições. Ensaaios de história e historiografia* (2009) e *História e historiografia. Exercícios críticos* (2010). Por otro lado, como hemos visto, se encuentran sus numerosos trabajos en colaboración, una práctica operativa que mucho tuvo de arte diplomático y enrolamiento académico, que solía elaborar de dos maneras: como escritura a dos voces o como director de una obra colectiva, dirección que, a menudo, también compartía.

Como muchos otros historiadores de su generación (en este aspecto, Pierre Nora es un caso similar, pero más concentrado en proyectos editoriales), Revel siempre desconfió de las grandes narrativas, reserva que, sin dudas, impactó en su concepción de “libro”. Casi emulando la correlación entre el micro y el macroanálisis que tanto teorizó, produjo escritura a una escala breve y diseminada, pero, por lo general, sobre preguntas cruciales, de allí que sus mejores ensayos sean aquellos que circulan en revistas, en trabajos colectivos o

en las obras de otros historiadores cuando asume la función de prologuista. Este estilo de producción, parte del cual tuvo su origen en la oralidad de conferencias o seminarios donde afilaba la crítica y la revisión periódica de los métodos, lo mantuvo alejado del gran público, pero le permitió reforzar su circulación al interior del mundo académico y asentar un tipo de fabricación única: textos sucintos, densos y autosuficientes, dotados con una fuerte carga explicativa y una claridad argumental que le aseguraron difusión a un ritmo vibrante, algo que, por cierto, ningún libro podría haberle ofrecido. De allí la pertinencia que detectó

Christophe Prochasson –uno de los historiadores que, junto a Jean-Frédéric Schaub, han desentrañado su trayectoria con mayor franqueza– al señalar que siempre tuvimos en Jacques Revel un gran lector más que un prolífico escritor. Y tal es, de alguna manera, el destino de los grandes lectores: devorar insaciablemente la letra de los otros, relegando la propia a una modesta retaguardia. O si se prefiere, otra forma de practicar la distancia.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional de General
Sarmiento / CONICET